



**PREGÓN**  
**SEMANA SANTA**  
**GUADALCANAL**  
**AÑO 2002**

**PLÁCIDO DE LA HERA**  
**PÉREZ-CUESTA**

# PRESENTACIÓN DEL PREGONERO DE LA SEMANA SANTA

## DE GUADALCANAL DEL AÑO DE 2.002

### PLÁCIDO DE LA HERA PÉREZ-CUESTA.

**F**e, Amor y Arte, tres palabras que definen el Pregón y la Semana Santa de Guadalcanal.

Fe en Dios y en su Hijo Jesucristo, al que tenemos vivo, real y presente en el Sagrario de nuestra Parroquia.

Amor a esas Imágenes que representan la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús, el Hijo de Dios vivo. Amor al hermano, amor al enfermo, amor a los ancianos, amor al que tenemos en estos momentos a nuestra derecha, izquierda, delante o detrás.

Arte, donde queda reflejada cada una de las vivencias de nuestra Semana Mayor: Arte del tallista que talló la canastilla.

Arte del orfebre que cinceló los respiraderos.

Arte del bordador, al plasmar todo su encanto sobre el manto,

Arte del camarero, para vestir a la Señora,

Arte del florista, para colocar las flores.

Arte de la saetera, para trinar la saeta,

Arte del cerero, para encender las velas,

Arte del costalero para ceñir el costal,

Arte del capataz, para mover el paso,

Arte del aguaó, para saciar la sed del costalero,

Arte del monaguillo, al esparcir el olor del incienso,

Arte de las bandas, con sus marchas procesionales,

Arte del cofrade para buscar el mejor rincón para ver a su Cristo o a su Virgen. ¡Arte!, ¡arte! ....

Pero para arte, arte: ¡Guadalcanal!, su paisaje y sus gentes.

Fe, Amor y Arte, tres palabras que, si bien definen el Pregón y la Semana Santa de Guadalcanal, más aún definen al hombre de bien, que 21 años después vuelve esta mañana del Domingo de Pasión para continuar su Pregón de Semana Santa. Aquel cirio quedó encendido, y aún hoy permanece, es como si hubiéramos cerrado los ojos y los hubiéramos abierto hoy para continuar escuchando su Pregón.

Paisanos, si aquel día disfrutamos y gozamos todos, preparaos por que hoy va a ser aún mayor.

Cuando hace unos días el Padre Eduardo (¿por cierto os habéis dado cuenta de lo arriscado que está?, hasta su cara de niño bueno se ha engrandecido), me pedía que presentara al Pregonero de la Semana Santa del año 2.002. Tengo que decir que era una tentación muy grande, pues Plácido es un gran amigo, al que admiro y al que estaré eternamente agradecido, ya que todo cuanto se le pidió, lo dio en abundancia, y por lo tanto no podía negarme.

Plácido es natural de Guadalcanal, hijo de un matrimonio muy cristiano, Don Alberto y Doña Carmen, que en gloria estén. El guadalcanalense, ella granadina, se conocieron cuando marchó a Granada a estudiar la carrera de Farmacia, en la misma Facultad que poco después estudiaría su hijo.

En la calle San Sebastián, hoy Juan Campos, montó su padre lo que en los pueblos hemos llamado siempre "la botica", hasta que se trasladó a Sevilla. A la misma acudía Plácido muchos días para que cada vez que el padre volviera la cabeza cogiera algún que otro caramelillo.

Aquí vivió sus primeros años de infancia, aquí hizo sus primeras travesuras y a pesar de tenerse que ir con sus padres a Sevilla, no por ello dejó de venir al pueblo, sobre todo en las vacaciones, además Plácido era un gran deportista (por cierto, con un buen toque de balón, lo que hizo que jugara con el equipo de fútbol del Guadalcanal).

¡Y cómo no! y como no podía ser de otra manera, aquí conoció y se enamoró de la que iba ser su mujer y madre de sus hijos: Maruja. El mejor piropo que se le puede decir a esta mujer: es que jamás pierde la sonrisa de sus labios.

Del matrimonio nacieron tres hijos y si cuando comenzó su Pregón de Semana Santa eran aún muy niños, hoy la familia de la Hera-Aranda ha aumentado: cinco retoños, cinco nietos como cinco soles alegran la vida de este matrimonio. Su Hija Ana con Jaime, María y Loreto que, con apenas diez días, es la baba del abuelo.

Andrés y Plácido se los ha dado su otra hija: Soledad. ¡Soledad!, si habéis oído bien: **SOLEDAD.**

Como diría hoy la juventud: en este tío, ¡to es bueno!.

Y su otro hijo Alberto, al que animo para que pronto les dé a sus padres el que haga la media docena.

Paisanos, nuestro pregonero tiene un curriculum, que expresarlo enteramente aquí, podía suceder que fuera más largo que el Pregón que estamos ansiosos de oír.

Ha sido Pregonero del X Aniversario de la Hermandad del Costalero: Cristo de la Humildad y Paciencia y María Santísima de la Paz en el año 1.990.

¡Cómo disfrutó el costalero aquel día!. Aún resuena el eco en la Iglesia Parroquial de Santa María de la Asunción: las plegarias dedicadas al Rey de los Costaleros y a la Señora, la Dulce Paloma de la Paz.

Pertenece a la Fundación Carrere dedicada a la ayuda y asistencia de los ancianos de la Residencia de las Hermanitas de los Pobres.

Ha ocupado un puesto relevante en el Equipo de Nuestra Señora dedicado al movimiento espiritual y conyugal de matrimonios cristianos.

Eran los encargados de dar los Cursillos Prematrimoniales en Sevilla, nombrados por el Sr. arzobispo de Sevilla.

Y un largo etcétera...

Guadalcanal necesita personas como Plácido y Maruja, muy preparados, muy cristianos y de los que podemos obtener una gran ayuda, no solamente espiritual y cristiana, sino también consejos en cualquier tema de nuestras vidas.

Plácido, aquí tienes a tu familia, a tus amigos, a los cofrades, costaleros, capillitas, aguardando la llamada del llamador y al grito de ¡ésta es!, comenzar a oír tu pregón.

Pero antes tengo que contarte una pequeña historia: no creas que son éstas las únicas personas que están aquí para oír tu Pregón, son muchas más.

Verás, el viernes por la noche después del Septenario al Cristo Yacente y a la Virgen de la Soledad, se iba a bajar a la Virgen para dejarla expuesta en devoto Besamanos que tendría lugar después de la celebración de la Función de ayer sábado, para ello era necesario quitarle el manto y volver a colocárselo. Y como cada vez que visto a la Virgen, le rezo el Bendito, al igual que lo hiciera mi buen amigo Ismael. Después como siempre me pongo a hablarle, siempre lo hago: mira Madre, el Domingo y a las doce y media y en el Cine-Teatro de Guadalcanal, tu hijo Plácido pronuncia el Pregón de la Semana Santa. ¡Madre! ¿Sabrás quién es?, a una de sus hijas le puso el nombre tuyo.

Te lo digo por dos razones: la primera para que lo ilumines y la segunda para que avises a todos los hijos de Guadalcanal que están ahí con Tu Hijo y Contigo para que acudan a oírlo, por lo que es necesario que se pongan en primera fila, ya que probablemente a muchos de ellos los nombrará:

A Ismael le hablará de su Virgen de la Amargura,

A Carmelo de Padre Jesús,

A Pelito del Amarrado,

A Enrique del Cristo de las Aguas, A

Lola de la Paz,

A los Costaleros del Cristo Yacente, del Peña, del Amor, de Tus Compañeras: Rosario, Dolores, Vera Cruz,

A mi padre y a mí madre, a mi hermana Agnola y a mi hija Soledad de Ti, Soledad,  
Y a todos, de la que es Pastora, Reina y Señora, Nuestra Madre Guaditoca, a la que  
queremos ver pronto Coronada Canónicamente.

Padre Eduardo, Autoridades, Hermanos Mayores y Juntas de Gobiernos de  
Hermandades y Cofradías de Guadalcanal,

Cofrades, Costaleros, Paisanos, amigos todos:

¡Vamos!:

¡Vamos a disfrutar!,

¡Vamos a gozar!, ¡Vamos a sonreír!, ¡Vamos a llorar si hace falta!.

Cojamos cada uno nuestra Cruz y acompañemos al Pregonero en su Estación de  
Penitencia.

Ya lo dije una vez, y de nuevo lo repito hoy:

Porque así lo quiso Dios:

Es guadalcanalense y del Costalero, Hermano de la Patrona,

Hermano y Vecino de la Azucena del Barrio de la Concepción, Hijo, esposo, padre y  
abuelo, Con alma de trovador,

Boticario de profesión,

Y agricultor de pre jubilación. ¡Así es nuestro Pregonero!

Francisco Ortiz Rodríguez

Guadalcanal, 17 de marzo de 2.002

(Domingo de Pasión)

## PREGÓN DE SEMANA SANTA DE GUADALCANAL 17 DE MARZO DE 2002

**D**espués de escuchar la presentación que Paco ha hecho de mí, me siento tan abrumado que sólo se me ocurren dos cosas:

La primera es que yo sé bien que no merezco esas elogiosas palabras. Sin embargo, se las agradezco enormemente porque es tan buen amigo, tan íntegro, tan hombre cabal que sé que es su corazón el que hoy ha hablado por su boca.

Agradezco también a Mari, su mujer, su comprensión y su amor hacia su marido para que Paco pueda dedicar muchas horas a la Semana Santa de nuestro pueblo.

Cuando un día se haga repaso de todo lo que debemos a Paco, tendremos que tener también en cuenta a su esposa, porque no hay que olvidar la afirmación de ese gran pensador cuando dijo que detrás de todo gran hombre, casi siempre hay una gran mujer.

La segunda cosa que se me ocurre es que confiar en mí por tres veces es el mejor regalo que Guadalcanal ha podido hacerme.

Ambas cosas, el afecto de Paco y la confianza de Guadalcanal me obligan a algo que ya tenía decidido de antemano: hoy tengo que echar el resto ante vosotros.

Otra cosa es que mi Pregón os guste o no. Eso lo vamos a ver enseguida. Pero sea como sea una cosa es segura: con Plácido de la Hera, Guadalcanal puede contar siempre.

Para comenzar este Pregón de Semana Santa de Guadalcanal os ruego me permitáis que me salte el protocolo ordinario. No voy a comenzar dirigiéndome al Sr. Cura Párroco, al Consejo de Hermandades, al Excelentísimo Sr. Alcalde.... A todos agradezco vuestra asistencia. Pero quiero hoy comenzar mi Pregón, en este año de Gracia del Señor de 2002, diciendo sencillamente: AMIGOS TODOS.

Porque así es. Me enorgullezco de poder dedicaros a todos esta entrañable palabra: AMIGOS, nada más y nada menos.

Y se hace para mí inevitable recordar aquel lejano día de 1981, cuando D. Antonio Martín Méndez, nuestro Párroco de entonces y el Consejo de Hermandades de aquella época, confiaron en mí para que diese a Guadalcanal aquel primer Pregón de nuestra Semana Santa.

Lo di con gratitud y con emoción. Pero el de hoy, conservando intactas en mi corazón igual gratitud e igual emoción, tiene que ser un Pregón distinto.

Cada momento, cada pregonero y cada pueblo tiene su propio modo de ver y entender las cosas.

Así como existen una composición de música clásica que se llama "La Pasión según San Mateo" y un magnífico libro que se titula "La Pasión según Sevilla", hoy quiero que mi pregón sea "La Pasión según Guadalcanal".

Un pregón no es sino la exaltación de cómo entiende un pueblo entero la Pasión del Señor. Mi Pregón tiene que ser, pues, una exaltación detallada, de la A la Z, de cómo vivimos aquí la Semana en que Cristo es condenado a morir en una cruz.

Ciertamente nuestra Semana Santa ha ido cambiando con el tiempo: se ha enriquecido en religiosidad, en ornamentación, en prestigio. Hasta el extremo de que ha sido declarada oficialmente por las autoridades competentes como de interés turístico, de tal manera que forma ya parte del acervo cultural y religioso de Andalucía. Y todavía, por si esto fuera poco, hay un puñado de hijos del pueblo empeñados en lograr para nuestra Patrona, que es la misma que Nuestra Señora del Rosario, de la Paz, de la Cruz, de la Amargura, de los Dolores y de la Soledad, su coronación canónica como la mismísima Virgen de la Macarena.

Si todos trabajamos unidos y con entusiasmo, yo os digo que ese día no está lejos. ¡Claro que habrá problemas que superar! ¿Acaso no los superamos cada día en nuestra vida?

He recogido datos y leído antiguos documentos que el Consejo de Hermandades ha puesto gentilmente a mi disposición y sé que siempre hubo problemas que vencer, ¡pero nunca nos dimos por vencidos! Son muchos más los éxitos que los fracasos y se ha conservado intacto el amor hacia nuestras tradiciones para que la Pasión de Cristo se siga celebrando cada vez con mayor esplendor, cada vez con más actos religiosos y litúrgicos en honor de Aquel que por Amor al Hombre se dejó despreciar, insultar, abofetear y escupir, humillar hasta el extremo: el martirio horrible de ser clavado vivo en una cruz ante los ojos de su Madre.

Todo comienza aquí, no el Domingo de Ramos, sino casi dos meses antes, cuando al pasar por una calle cualquiera, escuchas al atardecer como ensaya la banda de música, mientras te tropiezas con un paso de Semana Santa, todavía desnudo y pobre, bajo el que nuestros hermanos costaleros han comenzado a hacer prácticas para llevar los pasos, con esa alegría o esa sobriedad que ya quisieran imitar muchas cuadrillas de costaleros de la Semana Santa de Sevilla. Quien lo ha visto y lo ha comparado da fe de ello.

Nuestra gratitud y admiración también para las floristas, el "aguaor", para los que visten las Imágenes.... para todas aquellas personas anónimas que hacen posible nuestra Semana Santa. Para todos ellos os pido lo que jamás os pediría para mi: un aplauso enorme hasta que se nos rompan las manos.

Y a una de esas personas que han pasado por nuestra vida y por nuestra Semana Santa sin hacer ruido, sin molestar, una de esas raras personas que han ido siempre con el corazón en las manos y el alma limpia, la recordamos muchos con especial cariño. Así me lo comentó hace poco tiempo Paco Ortiz Rodríguez. Me pidió que le recordase yo en este Pregón porque en el del año pasado a él se le había olvidado citarlo.

Yo sé bien que a Paco no se le olvidó nombrar a "Bruño", sencillamente no lo hizo porque se le habrían arrasado los ojos de lágrimas. En nuestros recuerdos siempre habrá una oración para quien cuando salía de alabardero en la banda de cornetas y tambores entregaba el dinero ganado para su Hermandad, para la Virgen de los Costaleros. "Bruño", tú que estás ya en la Gloria, junto a tu Virgen de la Paz, como tu buen amigo Paco me pidió, citado quedas.

No puedo hacer una lista que sería interminable de quienes trabajan y han trabajado tanto por nuestra Semana Santa. Voy a resumirlos a todos en uno solo: José Luis Rincón Blanco -costalero y capataz, o capataz y costalero, que tanto monta- Y también muchos jóvenes costaleros, más de la cuenta, que acabaron sus vidas antes de tiempo. "Muchachos-hombres", costaleros de Guadalcanal que tenían el corazón de cristal y se les rompió antes de tiempo, en la flor de la vida.

Ellos desde el cielo y todos los que estamos aquí disfrutamos al ver montados sobre sus pasos al Cristo Crucificado y a la Virgen de la Paz durante estos días de la Feria de Muestras, otro innegable éxito de Guadalcanal. Pocos días quedan ya para que los costaleros nos pongan a todos el corazón en la boca cuando, por ejemplo, den las cinco de la madrugada y Padre Jesús aparezca en la Puerta del Templo, o cuando Cristo Crucificado y la Virgen de los Dolores acudan a visitar la antigua, vieja y querida Iglesia de la Concepción, o cuando la Vera Cruz, a eso de las diez de la noche, baje por la calle de vuestro nombre: calle del Costalero. Yo creo que es algo importante que el costalero de Guadalcanal hasta tenga una calle a su nombre. Por algo será.

No soy quien para darles consejos, pero como pregonero y contando con su benevolencia, me atrevo a hacerlo:

¡Ve con tiento costalero!  
Si va vivo el Señor  
no le des por correr, la muerte.  
  
Y si va muerto, por temor  
acaso de que despierte.  
Pero en todo caso se advierte,  
que lo trates con amor.  
  
Y si es la Virgen María, llévala



sin que se desprenda un clavel,  
sin que se le tuerza un cirio,  
sin que el aire mustie la piel  
de sus ojeras de lirio.

¡Llévala como a una flor!  
¡Cómo a un cristal... No mejor,  
llévala -Virgen María  
¡Con todo tu inmenso amor!  
¡Cómo a tu Madre y la mía!

Vosotros sois el espejo donde se miran esos 475 niños que forman la Hermandad del Santísimo Cristo del Amor y Nuestra Señora del Rosario y Palma, vestida de hebrea como debió de ir vestida cuando acompañó a su Hijo en su estrada triunfal en Jerusalén. Y a su alrededor, chiquillos alborozados, madres vistiendo sus mejores galas, padres orgullosos de su esposa y de su hijos....

Revuelo, infantil revuelo  
donde se agitan las palmas,  
como palomas del cielo.

Como suspiros de almas  
que, gozosas, llevan tras de sí  
a una humilde borriquita,  
mientras la voz de Dios nos grita:  
¡Dejad que los niños se acerquen a Mi!

¡Blanco y azul alboroto!, ¡capullos en flor de nazarenos!, promesa esperanzada de nuestras cofradías que se agolpan a las puertas de Santa María de la Asunción mientras las campanas repican a gloria, como enloquecidas de amor en ese momento de la salida y al recogerse la Hermandad de la Borriquita. Escrita así, con mayúsculas, porque no se merece menos la humilde borriquita que llevó a Dios sobre sus lomos.

Hermandad de los pequeños: un Jesús de Nazaret comprado por suscripción popular y una Virgen donada por la familia Chincoa. Ni el pueblo ni los Chincoa sabían cuántos nazarenos, cuántos costaleros, cuántos capataces, cuántos cantaores de saetas tan extraordinarios como Germa, Manolo y Antonio Gil, cuántos pregoneros, iban a crecer en Guadalcanal a partir de aquel gesto de generosidad. ¡Qué hermosos frutos se obtienen cuando se siembra buena semilla! ¿Y que mejor semilla que la semilla de la reconciliación? También en Guadalcanal nos hemos acordado de eso y por ello se celebra el Lunes Santo la Eucaristía de la Reconciliación. Para que nos reconciliemos todos, para que seamos capaces de tender la mano y llamar amigos a

todos los hombres de buena voluntad, sea cual sea su doctrina y sea cual sea su modo de pensar.

Si actuamos así no nos negará Cristo su perdón en ese Vía Crucis que celebramos el Martes Santo por las calles de nuestro pueblo. Este año acompañaremos a Padre Jesús con la Cruz a cuestras. Sin Cirineo, que aquí ese día no hace falta porque Guadalcanal entera es Cirineo.

Y vamos así acercándonos en recogimiento y fervor a los días grandes de nuestra Semana Mayor.

Miércoles Santo. Desde el Viernes de Dolores los costaleros del Cristo de la Humildad y Paciencia y Nuestra Señora de la Paz tienen ya hecho el traslado de sus Imágenes desde sus respectivas capillas hasta sus pasos procesionales.

En poco más de veinte años ¡cuántos logros, cuántos éxitos, cuántos sacrificios, cuántas ilusiones, cuánto amor han derrochado sus casi 550 hermanos! ¡Qué hermosa resplandecías; Virgen de la Paz el año pasado con tu corona recién estrenada! ¡Qué alegre tu sonrisa de gratitud!

Para eso estáis vosotros bajo las trabajaderas y estoy seguro que sentís su sonrisa en vuestro corazón. Ella sabe qué es duro y estrecho el sitio de cada costalero. Un golpe seco sobre el llamador y el paso salta en el aire con un temblor de hachones o de cirios y varales y cae a plomo sobre vuestros hombros. O, por el contrario, va izándose lentamente, tan lentamente que casi parece que no se mueve, tan lento sube que no tiembla ni una flor. Y un ramillete de costaleros se aprieta hombro con hombro bajo las trabajaderas, dispuestos al sudor y al sufrimiento. ¡Qué sí, que se suda y se sufre bajo el paso! Que cada calle cuesta arriba o cuesta abajo es una agonía, cada movimiento un dolor en los músculos agarrotados, y cada paso que dais es, sin daros cuenta, un homenaje de los costaleros a sus Cristos y a sus Vírgenes.

Pero de entre todos ¡vuestro Cristo de la Peña por delante! En la oscuridad, sin más luz que la del atardecer, tal vez sólo un reflector oculto que ilumine como un relámpago su figura estremecida. Y a sus pies, como un gran charco de sangre, un montón de claveles rojos.

Así vas, Señor, con el manto púrpura de los reyes, como una burla cruel, sobre tus hombros. Y nada más. ¡Que vaya así el Cristo de la Peña, sobre sí los pecados de todos, nublado el sol de la divinidad, en las tinieblas del abandono, de su Humildad y Paciencia!

Y tu imagen va pasando, Señor, agotado por el sufrimiento, abatidos los hombros, sentado en el más pobre de los tronos de este mundo, una peña ennegrecida.

Hay un momento de esta procesión que pasa desapercibido y yo quiero resaltar aquí: es el paso de la Cofradía por la calle del Dr. Antonio Porras, a eso de las doce de la noche. Acudid en silencio, dispuestos a escuchar con los oídos del alma. Primero el rastrear acompasado de las alpargatas de los costaleros que nos anuncian que el paso de Palio se acerca; unos cuantos metros adelante se ve alejarse al Dios de la humildad y paciencia. Y de repente, cuando sólo rompe el silencio el tintineo de las bambalinas de palio, comienza a sonar una marcha cofradiera que pone el vello de punta: "Madrugá".

Así que si queréis asistir a ese prodigio ya sabéis la condición: silencio. Lo demás sólo son los pies de los costaleros, las bambalinas del palio y la marcha "Madrugá".

No vayáis a decir que exagero: si hay algo más hermoso que esa noche del Miércoles Santo yo no lo conozco. Ni lo he visto, ni quiero verlo, ¡porque me quitaría de saber durante un cuarto de hora lo que es vivir en el Cielo!

¡Qué hermosa vas Virgen de la Paz!, ¡cómo un ascua de luz tu paso! Orgullosa del nombre que le habéis puesto. ¡Otra vez acertasteis de lleno, costaleros! En vuestro nombre yo le pido hoy a María que extienda la paz sobre la faz de la tierra enloquecida por el terrorismo, la guerra, el odio y las drogas.

Paz, Señora, que exista la paz, el progreso y el bienestar, paz en los corazones y en las familias. No es sólo este pobre pregonero quien te lo pide; te lo están pidiendo todos tus costaleros y todo tu pueblo de Guadalcanal. ¡Alegra esa cara bonita Manía de la Paz! ¡Sí!, que traigan claveles blancos de piropos y azucenas, que traigan varaes de plata y muchas velas encendidas a los pies de María para que el reflejo de la luz no la deje ver la humillación de su Hijo; que las estrellas no vean que va llorando la Virgen, que empiece a sonar "Madrugá", una marcha de procesión sevillana para que la Madre sonría... ¡mecida por sus costaleros!

Ahora comprendo vuestra entrega y vuestro entusiasmo, costaleros, porque el costal y la faja son por Ella; el sudor y la fatiga, por Ella; el sacrificio, por Ella. Es lo mismo debajo del paso que a su alrededor, ¡oración de generosidad donde tú la quieras, Madre mía! Por ese cuarto de hora en el cielo, por esa emoción que revienta el corazón.... ¡Gracias, costaleros!

Pero.... ¿qué pasa aquí en Guadalcanal que nadie nunca logra tocar techo? Un pueblo tan sobrio y tan duro, según dicen por ahí, tenía que dar como resultado que nadie se deje ganar en nada.

Es el caso de la Hermandad del Santísimo Cristo amarrado a la columna y María Santísima de la Cruz que ha logrado tener su propia casa de Hermandad por donación de Ceferino Cabeza y la colaboración de sus casi 550 hermanos. Si todos los

hogares de Guadalcanal fuesen casas de hermandad, no habría crucifixiones de unos a otros, ni burlas, ni humillaciones....

Así le lleváis, burlado y humillado, amarrado a una columna como un vulgar indeseable. Así le presenta Pilatos al pueblo, como un hombre roto...."Ecce Homo", "He aquí al Hombre". Yo creo que Pilatos se equivocó. Debió decir "Ecce Deus", "He aquí a Dios". Porque nunca me ha parecido Cristo más Dios que en ese momento vergonzoso en que es presentado a los hombres como un espantajo, humillado y vencido y el hombre cree que puede prescindir de Él, echarlo de su corazón y matarlo para siempre.

Pero, la Hermandad de la Vera Cruz no es sólo los bellísimos pasos de sus Imágenes por la calle de Santa Ana. Es mucho más. Es nuestra admiración que se dignifica cuando contemplamos esa obra de arte que el imaginero Castillo Lastruci talló, sin duda, arrebatado por la inspiración divina. Es también la Hermandad que organiza las Cruces de mayo donde tienen cabida chavales de quince años con pasos magníficos, perfectos casi, de increíble belleza y hasta niños de 3 ó 4 años con una caja de cartón en la cabeza y una cruz de palo sobre ella. ¡Ilusionada esperanza de costaleros, de nazarenos y de capataces!: míralos, por tanto, con respeto.

Es también la Eucaristía de la Cena del Señor antes de la salida procesional. Aquella última Cena en la que no hay flores y vajillas de plata, mayordomos de comedor, ni siquiera camareros. Sólo Jesús y doce rudos hombres de la mar. Y de allí nace una Iglesia universal, llena de defectos, de escándalos, pero llena también de virtudes heroicas y a la que jamás podrá vencer el poder del mal.

Tras la última y sagrada cena se abre el Monumento del Señor Sacramentado hasta el comienzo de los Oficios religiosos del Viernes Santo. Es Dios quien allí espera. Nada va a pedirnos. Por el contrario, a quien entra esa noche a acompañarle le recibe con una pregunta de ofrecimiento: ¿qué quieres que haga por ti?. Es la misma pregunta que hizo al ciegucecito, o al leproso, o al paralítico: "¿Qué quieres que haga por ti?" Señor que vea. Límpiame Señor de esta costra inmunda de la lepra. Señor soy paralítico y nadie quiere empujar mi camilla a las aguas milagrosas de la piscina de Siloé. Maestro bueno ha muerto Lázaro, mi hermano; si Tú hubieses estado aquí.... Pero... ¿es que acaso no estoy aquí?

¿No oyes al pasar por delante del Monumento del Sagrario su voz que te llama?: "Ven, acércate. Hace tanto tiempo que te espero... ". Sí, Jesús y María nos esperan siempre para acompañarnos, si así lo queremos, donde quiera que los caminos de la vida nos lleven.

Esa noche, ante el Monumento, cuando Dios se oculta durante los días de su Pasión, una hora parecen cinco minutos. Y, de repente, cuando estás más recogido, sientes que el interior del Templo se ha convertido en un hervidero de actividad, de

confusión, de nervios. Otra vez, de pronto, todo se calma, todo se aquieta, ni el susurro del aire, ni el ladrido de un perro en la lejanía. Nada, silencio... Y entonces suenan cinco campanadas graves, serenas, que extienden su eco hasta los cielos, avisando que ¡va a salir Padre Jesús!

Las puertas de la Iglesia se están abriendo, y en la oscuridad del interior se recorta la Cruz de Guía de la Santa Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús y Nuestra Señora de la Amargura.

Nuestro Padre Jesús de Guadalcanal, a las cinco de la madrugada, ha comenzado a recorrer el duro camino que le llevará hasta el Calvario. Va acompañado de dos largas filas de nazarenos en riguroso silencio, en perfecto orden. Cuatrocientos nazarenos que quisieran subirse a sus pasos procesionales para sustituir a Simón de Cirene o a San Juan, el discípulo amado que consuela a la Virgen de la Amargura.

Simón de Cirene, el Cirineo. ¿Habéis reparado en su imagen? Merece la pena que nos detengamos unos instantes en este singular personaje de la Pasión. Es un hombre alto y duro como un trozo de pedernal, que toda su vida ha labrado los campos sin molestar a nadie. Los soldados romanos ven que el reo se tambalea, que ya no puede más, y quienes le condenaron temen no poder crucificarlo. Ven entonces a aquel hombretón con su azada al hombro, de piernas firmes y brazos recios:

- ¡Eh, tú!. ¡Ven aquí, ayuda a este desgraciado!

Y el Cirineo se rebela:

- ¿Yo?, ¿ayudar yo a un miserable que ha sido condenado a morir en una cruz?

Entonces sus ojos se cruzan con los del Reo. No contaba él con la mirada de ese miserable, condenado a morir en una cruz, ni con los ojos llenos de amargura y de súplica de una hermosa y todavía joven mujer que viene detrás.

Simón de Cirene se pone rígido: ¿no es éste Jesús de Nazaret y no es esa María, su madre, la esposa del carpintero? ¿No es a este hombre al que yo he visto pasar por la vida perdonando, curando a los enfermos? ¿No es éste quien anunció en su sermón de la montaña "Bienaventurados los pobres y los humildes porque de ellos es el Reino de los Cielos" .... ?

Y Simón de Cirene, el Cirineo, echa a tierra su azada, se remanga la camisa sobre sus brazos de acero y, sin decir palabra, se coloca detrás de Cristo y le ayuda a llevar la cruz.

Hay momentos, cuando el Cirineo siente que Padre Jesús se tambalea, que parece que quiere gritarle al capataz, avisar a los costaleros que lo lleven despacio:

- ¡Ten cuidado capataz, que no se roce, que no se hieran sus pies descalzos con las piedras del camino! ¡Tened cuidado costaleros, que no se caiga otra vez, por Dios, que ya cayó Padre Jesús tres veces!

Y allá va el Señor de la vida, camino de la muerte. Detrás su Madre, atravesado el corazón por siete espadas de amargura. Juan, aquel adolesdente que lo dejó todo por seguir al Maestro, no sabe ya cómo consolarla. Y le dice piropos, y la besa y le habla tiernamente:

Eres, Señora, clavel que al viento  
su aroma expande.  
Eres tan bella y hermosa  
que gozo con poder mirarte.  
¡Eres mi estrella y mi guía!  
consuelo de mis temores,  
y de mi pena, alegría.  
Y es, Señora, lo que te quiero, tanto  
que pañuelo ser quisiera,  
¡para secar Tu llanto!

La Virgen le mira un instante, pero es tal su dolor que casi no se da cuenta de quien le acompaña: ¿Quién eres que me dices esas cosas tan hermosas?, ¿eres tú Juan? ..... No, Madre, ¡soy Guadalcanal! ¡Guadalcanal entera, que está llorando contigo!

Ahora, si este Pregón quisiese seguir el ritmo de la Historia, tendría que hablar de la Hermandad de las Tres Horas. Cristo en la Cruz antes que Cristo en el Sepulcro. Pero, entonces, no sería el Pregón de la Semana Santa de mi pueblo.

Aquí no nos conformamos con la realidad de los hechos acaecidos hace más de dos mil años. Hacemos un guiño a la cronología y decidimos que el mejor cierre de la Semana Santa es sacar el símbolo máximo de los cristianos, la Cruz, el último día de la Pasión del Señor.

¿Por qué no? Dios se vale a veces de las pequeñas historias de los hombres para que las cosas se hagan a su gusto. Y así tenemos en la atardecida del Viernes Santo una procesión que encierra en sí misma todo el señorío y la grandeza, toda la humildad y todo el dolor, que ningún ser humano se atrevió a pensar: la Madre de Dios viendo muerto a su divino Hijo. Antigua Hermandad del Santo Entierro de Cristo y nuestra Señora de la Soledad.

No podemos extrañarnos de que nuestra querida Madre, a la que aquí llamamos de Guaditoca, se nos haya ido convirtiendo, paso a paso, sufrimiento a sufrimiento, golpetazo a golpetazo, en la Virgen de la Soledad, porque el rostro de las madres, lo vamos grabando los hijos día a día. Y hay surcos que se marcan para

siempre en sus mejillas y hay un no tener ya más lágrimas porque el hijo que le han arrebatado deja a la madre sola.

Cuando en tiempos remotos, allá por el año mil quinientos, o sea, para hacerse una idea, mientras Colón navega por aguas de América en su cuarto viaje, la Imagen de la Virgen de la Soledad viene ya por primera vez desde el convento de San Francisco al convento de San Clara. Cinco siglos después María de la Soledad sigue estando sola, como nos dice su propio nombre. ¿O es que no está sola una madre que está enterrando a su hijo?

Pues bien, yo quiero gritarte, Virgen María, en nombre de toda Guadalcanal que no estás sola, Soledad. En esta noche de Viernes Santo cada cual quiere dedicarte su propia plegaria. Mientras pasas por estas calles, que siempre han sido tuyas, llevada por tus costaleros con un respeto inmenso, todos nuestros sentires más hondos te acompañan.

Como si el susurro del viento de la serranía se convirtiese en un beso de amor, que se enreda en las flores de azahar de los naranjos y, así, perfumado, se deposita dulcemente a los pies de tu trono, ¡Virgen bendita de la Soledad!

Nunca como entonces van a sentirse más hermanados todos los hijos de Guadalcanal, los presentes y los ausentes. Aquellos que no pudieron venir desde lejanas ciudades a acompañar a la Virgen de la Soledad. Aquellos que duermen ya el sueño de los justos, pero que viven, como los emigrantes, en el corazón de sus seres queridos.

La noche ya te ha cubierto.  
Sola en tu dolor te escondes.  
Sólo se escucha tu nombre....  
Y en la densa oscuridad,  
del Cielo, el eco responde....  
¡Qué guapa estás, Soledad!

Toda la Pasión del Señor no es más que el sacrificio infinito que Dios hace por borrar nuestras culpas. Alto precio el que está dispuesto a pagar. Algo tendremos los hombres para merecer tal precio en el rescate. O tal vez no tenemos nada y es su infinito Amor el que hace posible el misterio de la Salvación.

De cualquier manera, resulta extraña la importancia que damos los hombres a las cosas pequeñas y con que apresuramiento pasamos, como de puntillas, sin querer comprometernos, por las cosas que merecen la pena.

La muerte de Cristo, para los historiadores de aquella época, apenas si merece estas pocas líneas:

"En la provincia romana de Syria, el año decimoséptimo del reinado de Tiberio, fue condenado a muerte de cruz y ejecutada la sentencia sobre las tres de la tarde del día catorce del mes de Nisán, un hombre al que muchos comenzaban a llamar el Cristo, que quiere decir, el Enviado de Dios".

El catorce de Nisán lo sitúan los historiadores modernos como a finales de marzo o primeros de abril en nuestro calendario. Se ha podido saber, con toda precisión que aquel día fue viernes y que, sobre las tres de la tarde, el emperador Tiberio descansa de sus deberes de estado en su villa de Capri, muy cerca de Roma, frente al mar Mediterráneo.

Y de repente el sol deja de brillar, el cielo se cubre de tinieblas, se hace la noche y las aguas del tranquilo mar de los romanos, se encrespan levantando olas gigantescas. Un viento huracanado y gélido, que viene del este, desde Palestina, hiela los huesos del anciano y prudente emperador de Roma. Nadie jamás, ningún gran científico, ningún astrólogo, ha podido encontrar una explicación para aquel extraño fenómeno de la naturaleza que cubrió el mundo entero de tinieblas.

Los adivinos, los agoreros, las pitonisas de Roma y de Grecia sólo acertaron a decir que algo muy triste y muy grave había tenido que suceder para la humanidad en aquel preciso momento. Pero a nadie se le ocurrió relacionar aquello con el hecho de que un hombre, de unos treinta y tres años de edad, en una de las colinas que rodean a la ciudad santa de los judíos, acababa de expirar crucificado.

El hecho más terrible, salvífico y trascendente de toda la Historia de la humanidad, ha pasado desapercibido para los hombres de su época. Han de pasar casi veinte siglos, hasta 1.898 concretamente, para que en un pueblecito perdido, como un pañuelo blanco, en las gargantas de Sierra Morena, allá en el sur de España, un grupo de personas logre fundar una Hermandad de penitencia que tenga por norte y por guía la imagen de un Cristo crucificado. Hermandad que toma por nombre el de Real e Ilustre Hermandad del Santísimo Sacramento y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de las Aguas y Nuestra Señora de los Dolores. Debe de llevar esta Hermandad, como se compromete en sus reglas, la Hermandad Sacramental y, por tanto, la celebración del día del Corpus Christi, uno de los tres jueves del año que relucen más que el sol.

Permitid a este pregonero de la Semana Santa de Guadalcanal y, por tanto, de todas nuestras Hermandades de penitencia que, como sencillo hermano de los Blancos, sienta una especial satisfacción al hablaros de esta Cofradía que desde niño metió mi padre en mi corazón.

Cuando al atardecer del Sábado Santo desfila por Guadalcanal una Cruz, con un hombre clavado a ella sobre un paso sobrio, sin brillos ni dorados, la cuadrilla de costaleros sabe muy bien a quien lleva sobre sus hombros: el Cristo, el enviado



de Dios, en sus tres horas de agonía. Le llevan al encuentro de su Madre a las puertas carcomidas de la vieja Iglesia de la Concepción. María cubierta de pétalos de rosas que le regala Guadalcanal; y frente a Ella su Hijo que, muriéndose a chorros, alza aún la cabeza y mirando al Cielo grita esa frase que nadie entendió:

- ¡Elí, Elí, lamma sabachtaní!
- ¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?

Deliro imposible de comprender. El Todopoderoso bebiendo hasta las heces el cáliz que le hizo sudar sangre allá en el Huerto de los Olivos.

Sin nada vino al mundo. Sin nada se nos va. Sólo su Madre y las mujeres que le han seguido desde Galilea. Una cruz, un cuerpo cosido con clavos a un madero y unas pocas mujeres a sus pies.... Sus discípulos, los apóstoles ¿dónde están? ¿Y los que fueron curados de sus enfermedades: los cojos, los ciegos, los leprosos...., dónde están? ¿Y los que le aclamaron?..... ¡Nadie responde!

¿Era necesario tanto tormento? ¿Por qué, Señor, no evitaste tanta humillación, tanto dolor, tanta amargura?.....

Se entregó porque quiso. Se dejó matar por ti y por mí, hermanos de las Cofradías de Guadalcanal. Ese es el Cristo de las Aguas que pasa ante nosotros. Y esa desgraciada Mujer que le sigue es Nuestra Señora de los Dolores.

Todos somos un poco el Barrabás de la Historia: salvados a cambio de la vida de un inocente. Tal vez aquel hombre estaba en el Calvario, mezclado entre los que acudieron a la crucifixión; "en justicia era yo el que tenía que morir y Él me salvó. Era yo quien tenía que pagar y Él pagó por mí". Y Barrabás se pregunta -como nosotros nos preguntamos al ver pasar al Cristo de las Aguas- ¿soy el buen o el mal ladrón?

Tu carne destrozada en tres días se hará luz,  
pero mientras tú ¿cómo puedes amarnos cada día,  
¡si nunca te bajamos de la Cruz!?

Quién sabe si cuando suena la saeta vibrante y hermosísima, todos le estamos diciendo a Cristo Crucificado: Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu Reino.

Sabemos su respuesta con certeza porque en el aire comienzan a sonar los primeros acordes de la marcha "Dolores de la Concepción". Y sus notas llevarán al Cielo nuestra plegaria.

Ante ese Templo, que ya no es Templo siquiera, muro de las lamentaciones de los hermanos de la Cofradía, Cristo muere y María siente que el alma se le rompe. ¿Cómo podría llevar Ella otro nombre que no fuese el sevillanísimo nombre de Dolores?

¡No llores, Madre de dolor vencida!  
Virgen de nuestros amores,  
Dolorosa y dolorida.  
No llores... ¡Señora de nuestros dolores!  
¡Señora de la Pasión!  
¡No llores!... ¡Azucena de la Concepción!

Tiene María motivos para llorar. ¿Imagináis siquiera la clase de muerte de un crucificado? Poco a poco, recién izada la Cruz, los músculos comienzan a desgarrarse, el mismo peso del cuerpo va desencajando las articulaciones de los huesos. Dicen los especialistas que, al contraerse el diafragma, un hipo agónico presiona el corazón hasta que cada latido, cada esfuerzo de los pulmones por respirar, se convierte en un martirio, en un tormento insoportable. De la cabeza a los pies, coronado de espinas, con llagas enormes producidas por atroces latigazos y el rugoso madero arañando la espalda hecha jirones.

Al poco tiempo, el cuerpo todo, suspendido en el aire, agotado por el sufrimiento y el dolor, sujeto por los clavos de las manos, se convierte en una piltrafa agonizante. Y poco después de pasadas tres horas, expira.

Cuando José de Arimatea y José de Nicodemo descienden el cuerpo de la Cruz, nadie espera ya nada. Ni siquiera el duro Pedro, el que le negó tres veces cuando el gallo canta en la madrugada, el que desenvainó la espada durante la oración del Huerto cuando Judas le traiciona y van a prenderlo. Ni siquiera aquel Pedro, sobre el que sería edificada la Iglesia universal. El Maestro ya no es más que un triste despojo. ¿Cómo esperar la Resurrección prometida?

Y, sin embargo, no fue suficiente una terrible lanzada en el costado, en mitad del corazón, ni una pesada losa sellando el Santo Sepulcro, ni una escolta de soldados de vigilancia. No se dormían en misiones como aquella los legionarios de Roma. Ni se puede, con los medios de aquella época, levantar una losa sepulcral sin partirla en pedazos y sin que nadie lo advierta.

Cristo vive. Se quiera creer o no. Son muchos los que le vieron ya resucitado, muchos los que le tocaron, como Tomás el discípulo incrédulo, y delante de muchos, asciende en cuerpo y alma a los Cielos.

Por eso es tan importante que la Hermandad Sacramental de Cristo Resucitado salga a la calle en la mañana del Domingo de Resurrección. Para gritarnos muy alto que Cristo vive. Así lo proclaman nuestra fe y nuestra esperanza en un Dios de Justicia y de Amor. Porque si Cristo no hubiera resucitado, todo lo que llevo hablando hasta ahora habría sido una farsa.

Un día llegará en que vuelva nimbado de Gloria y de poder. Y ese día, así lo proclamó su Madre en el canto del Magnificat, derribará del trono a los poderosos,

enaltecerá a los humildes, colmará de bienes a los pobres y a los ricos, a los que no le aman y adoran el dinero, les despedirá vacíos.

Así nos lo repite una y otra vez D. Eduardo, nuestro buen párroco, a quien desde aquí, desde esta tribuna de privilegio, quiero hacerle pública nuestra gratitud por su serenidad, su paciencia y entrega.

Tal vez no sepamos los guadalcanalenses expresar con facilidad nuestros sentimientos. Somos un pueblo que ha vivido y ha sufrido mucho, clavado al terruño, azotado por todos los vientos y todas las tormentas. Por ello, a lo largo de los tiempos hemos aprendido a ser sobrios, pero no desagradecidos. Por eso desde aquí y por mi boca le decimos a Vd., D. Eduardo, que nos alegramos de tenerle de nuevo entre nosotros y por su dedicación le decimos sencillamente, GRACIAS.

Hoy, amigos míos, os he contado mi modo de entender la Semana Santa tal como he ido aprendiéndolo de vosotros desde mi niñez. Os he descubierto mi secreto: querer a Guadalcanal, querer a sus gentes que son las mías, querer a Nuestra Patrona y querer a mi Cristo bendito de las Aguas. A cada uno de vosotros corresponde ahora encontrar y descubrir su propio secreto.

Tal vez entonces nos encontremos los unos a los otros en una encrucijada de la vida y descubramos juntos que es el mismo secreto el que llevamos en el corazón: el amor por la tierra que nos vio nacer.

Un trozo pequeñito de tierra, con unas pocas casas y gente sencilla viviendo en ellas. Un pueblecito parecido al de Belén o Nazaret.... También aquí Dios nace y vive todos los días, como uno más entre nosotros. Nace en la sonrisa de un hijo, de una esposa, vive en el dolor de un enfermo y muere en un anciano.

Dios no quiere el sufrimiento, pero durante su paso por la vida a El y a su Madre los hemos visto llorar. Por eso sabemos que no nacemos, ni vivimos, ni morimos solos.

Nada más me queda ya por añadir. Ha llegado a su final este Pregón sincero y sentido. Dicho más con el corazón que con la cabeza. Así fue aquel Pregón de 1.981, así fue el Pregón del décimo aniversario de la Hermandad del Costalero y así ha sido éste. No he intentado superar a nadie, porque después de tantos años y tantos pregones sabía que eso sería una misión imposible. Otros ha habido y otros habrá, Dios mediante, que superen con mucho mis palabras, pero en el cariño sincero, ninguno me superará.

Porque en eso del cariño ha habido y habrá como yo muchos. Pero no mejores. Así debe ser y así será siempre.

Y es mi deseo, al término de estas palabras, hacer como esos toreros que al final, montera en mano, regalan su faena a la plaza: mi pregón, ¡por ti ha ido, Guadalcanal!

He dicho.

Plácido de la Hera.

Domingo de Pasión, 17 de marzo de 2002.